



**INTERVENCION DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE CHILE
SR. SEBASTIÁN PIÑERA**

**En el Debate General del Sexagésimo Octavo Período de Sesiones de la Asamblea
General de las Naciones Unidas
Nueva York, 24 de septiembre del 2013**

Cotejar con texto leído

**STATEMENT BY H.E. THE PRESIDENT OF THE REPUBLIC OF CHILE
MR. SEBASTIÁN PIÑERA**

**In the General Debate of the Sixty-Eighth Session of the General Assembly of the
United Nations
New York, 24 September 2013**

Check against delivery

Permanent Mission of Chile to the United Nations
885 Second Avenue, 40th Floor, New York, NY 10017 • Tel (917) 322-6800 • Fax (917) 322-6891
E-mail: chile.un@minrel.gov.cl • Website: <http://chileabroad.gov.cl/onu/en>

Señor Presidente,
Señor Secretario General,
Estimados colegas Jefes de Estado y de Gobierno,
Señoras y Señores,

Quiero, en primer lugar, felicitar al Presidente señor John Ashe, destacado servidor público proveniente de nuestra región de América Latina y el Caribe, por su reciente elección para presidir este sexagésimo octavo período de sesiones plenarias de la Asamblea General de Naciones Unidas. Período en el que jefes de estado y de gobierno provenientes de casi todos los rincones del planeta tendremos la oportunidad de intercambiar opiniones, compartir experiencias y, lo más importante, generar ese impulso que hasta ahora nos ha faltado para construir juntos un futuro a la altura de los ideales, sueños y esperanzas de los más de seis mil millones de hombres y mujeres representados en este salón.

A fin de cuentas, la inspiración que llevó a la fundación de esta Naciones Unidas, hace ya casi siete décadas, fue precisamente la de contar con un "*centro que armonice los esfuerzos de las Naciones por alcanzar la paz y el desarrollo*". Un lugar en que todas las personas, naciones y pueblos del mundo – cualquiera sea la bandera que nos comprometamos a honrar, el Dios que queramos adorar o las ideas que decidamos abrazar – nos sintamos integrando una misma familia: la gran familia humana.

Lo anterior nos exige muchas cosas, pero ninguna tan importante como abrir un diálogo abierto, franco y respetuoso entre nosotros. Un diálogo que, lejos de temerle al disenso, lo valore y se nutra de él, pues entiende que solo si las distintas naciones y culturas sumamos nuestros esfuerzos, veremos multiplicarse también nuestras oportunidades.

La invitación, por tanto, es que al dirigirnos a esta asamblea lo hagamos no solo en nombre de los países y pueblos que representamos, sino también como ciudadanos del mundo al que pertenecemos. A ejercer nuestro derecho de expresar con libertad y convicción nuestras opiniones y puntos de vista, pero también, a cumplir con nuestro deber de escuchar con atención y respeto las opiniones de los demás. A hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que las deliberaciones y resoluciones que aquí alcancemos se cumplan y no se queden en meras palabras y buenos deseos. Y a privilegiar siempre – ¡siempre! - lo que nos une por sobre lo que nos separa. Porque no debemos olvidar que todos vivimos en una misma época, todos habitamos el mismo el planeta, todos respiramos un mismo aire, a todos nos alumbramos el mismo sol y todos -¡todos!- amamos con pasión a nuestros hijos y nietos y queremos un futuro de paz, progreso y bienestar para nuestras naciones y pueblos.

Señor Presidente,

Estamos en un mundo nuevo, muy distinto a aquel que vio nacer a esta Organización de Naciones Unidas y a otros organismos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en la etapa inmediatamente posterior al término de la segunda guerra mundial. Un mundo nuevo, que no es hijo de la guerra ni de las luchas ideológicas que lo acompañaron durante la segunda mitad del siglo XX, sino de la revolución del conocimiento, la ciencia, la tecnología y la información propia de este siglo

XXI, que ya está golpeando nuestras puertas y abriendo oportunidades de progreso material y espiritual para miles de millones de personas, que eran imposibles de imaginar o soñar para nuestros abuelos, para nuestros padres e incluso para muchos de nosotros, hace solo algunas décadas atrás. Un mundo nuevo, que ya no está dividido por muros y cortinas de hierro, sino conectado e integrado por los puentes de la globalización y un intercambio cada vez más libre de bienes, servicios, ideas, e incluso, personas. Un mundo nuevo, en el que enfrentamos peligros, desafíos y oportunidades también nuevos, que en muchos casos trascienden las fronteras y jurisdicciones de cada país y que, por lo mismo, a la hora de enfrentarlos, cuesta distinguir dónde termina la responsabilidad de unos y dónde comienza la de otros y, en consecuencia, sólo podremos enfrentar con éxito si lo hacemos con la fuerza de la unidad de todos y la responsabilidad de cada uno.

Pero pese a que vivimos en un mundo que cambia a pasos agigantados, muchas de nuestras organizaciones internacionales parecen resistirse a evolucionar con él, renunciando así a ser protagonistas o conductores de los cambios, y conformándose a ser sus meros espectadores.

Señor Presidente,

El artículo primero de la Carta de Naciones Unidas señala entre sus objetivos primordiales el “mantener la paz y seguridad internacional, fomentar relaciones de amistad entre las naciones y promover la cooperación internacional en el campo económico, social, cultural y humanitario, así como el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión”.

Pues bien, ninguno de estos son anhelos exclusivos de una nación, de una época ni de una organización determinada, sino que emanan de lo más profundo del alma y el corazón humano. Por lo mismo, no estamos aquí para proclamar su valor y existencia sino para asegurar su cumplimiento y vigencia. Nuestro llamado, en consecuencia, no es a modificar ni menos a olvidar estos valores, sino todo lo contrario: a tener la voluntad y el coraje para ponerlos en práctica. Y para ello, debemos perfeccionar nuestras democracias y fortalecer la participación a nivel local, pero también, modernizar de una vez por todas nuestras organizaciones regionales y globales, tarea en la que todavía nos queda un largo camino por recorrer.

Y un buen punto de partida para ello es avanzar hacia una verdadera y profunda reforma del Consejo de Seguridad de esta Organización, que contemple, entre otros, la ampliación de sus miembros permanentes y no permanentes, asegurando una debida representación regional, así como el fortalecimiento y transparencia de sus métodos de trabajo y de toma de decisiones, todo ello con el fin de dotarlo de más eficacia y legitimidad en su actuar.

En este sentido, Chile, país que en 1945 concurrió a la formación de esta Organización, y con la autoridad que nos da el hecho de haber participado activamente en cada una de sus instancias, operaciones de paz y misiones humanitarias, apoya la incorporación de Brasil, Alemania, Japón e India como miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, así como la demanda del continente africano de contar

con una justa representación. Y nos sumamos a los llamados para que los países que gozan de derecho a veto en sus resoluciones se abstengan de utilizarlo en situaciones de crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra, genocidio o limpieza étnica, pues ello quita eficacia a este Consejo en la defensa de los valores y principios más fundamentales para la humanidad.

Pero la reforma que este Consejo requiere no se agota en el cambio en su composición y orgánica, sino que exige dejar atrás la lógica de los vetos, que responde a un mundo antiguo que ya no existe, para reemplazarla por una lógica de quórums especiales, propia de este mundo nuevo del siglo XXI, para que las decisiones más relevantes en el campo de la seguridad internacional, que inevitablemente terminan por afectarnos a todos, sean adoptadas por mayorías amplias, contundentes y verdaderamente representativas de la comunidad de naciones. A fin de cuentas, si abogamos por la democracia, el diálogo y la participación a la hora de gobernar nuestros países, no veo razón alguna para no aplicar estos mismos principios y valores a la hora de adoptar decisiones que afectan al mundo entero.

Señor Presidente,

Quiero aprovechar también mi presencia en esta Asamblea para agradecer y valorar las múltiples muestras de apoyo en favor de la candidatura de Chile como integrante del Consejo de Seguridad por los próximos dos años y reafirmar nuestro más firme compromiso con los principios y valores que han regido y orientado por décadas nuestra política exterior. Entre ellos destaco especialmente el respeto irrestricto al derecho internacional, la inviolabilidad de los tratados, la igualdad jurídica entre los Estados, la solución pacífica de las controversias y la autodeterminación de los pueblos, todos los cuales constituyen las bases esenciales de la estabilidad internacional y de la coexistencia pacífica entre las naciones, pero que, en nuestra opinión, han de ser complementados con la noción de la "responsabilidad de proteger". Esta considera como un deber primario de cada Estado proteger a la población dentro de sus fronteras. Y si un Estado no puede o no quiere cumplir con dicho deber primario, entonces la comunidad internacional puede intervenir sobre la base de los tres pilares reconocidos: el de prevención, el de apoyo y el del uso proporcional de la fuerza, pero siempre y cuando lo haga de conformidad con la Carta de Naciones Unidas, como última instancia y cuando sea estrictamente indispensable para prevenir o detener genocidios, crímenes de guerra, depuraciones étnicas o crímenes de lesa humanidad.

Además, mi país reafirma una vez más su más profundo compromiso con la democracia y el respeto a los derechos humanos de todas las personas, desde su concepción hasta su muerte natural, y en todo tiempo, lugar y circunstancia, así como nuestra apuesta permanente por el multilateralismo, un regionalismo abierto al mundo y una competencia económica leal y constructiva entre nuestros países. A este respecto, Chile reitera que no renunciará jamás a alzar la voz en todas las instancias y foros internacionales para ir en defensa de estos principios cada vez que no sean debidamente respetados.

En este sentido, reiteramos nuestro llamado no solo a terminar con la proliferación de armas nucleares y de destrucción masiva, sino también, al desmantelamiento de las que ya existen y condenamos enérgicamente el uso de armas químicas en Siria, así como el uso de fuerza indiscriminada en contra de su población civil, que a la fecha ha causado millares de víctimas inocentes, incluidas mujeres y niños, además de una grave crisis humanitaria que hieren la conciencia universal y amenazan seriamente la paz y la seguridad internacional. Por lo mismo, agradecemos y respaldamos decididamente el *Acuerdo Marco para la Eliminación de las Armas Químicas en Siria*, suscrito recientemente por Estados Unidos y Rusia, así como los esfuerzos desplegados por el Secretario General de esta Organización y el enviado especial conjunto de Naciones Unidas y la Liga Árabe, para alcanzar cuanto antes una solución pacífica y definitiva a este gravísimo conflicto armado.

En esta misma línea, Chile siempre ha defendido y seguirá defendiendo la causa y derecho del pueblo palestino a tener un Estado pleno, libre y democrático. Un Estado que, al igual que el de Israel, goce de fronteras acordadas, reconocidas y seguras con sus vecinos, que permitan a sus habitantes vivir y desarrollarse en paz y seguridad. Por eso reconocimos a Palestina como miembro observador de Naciones Unidas y esperamos muy pronto darle la bienvenida como miembro pleno de esta organización.

En el campo regional, en marzo del año pasado Chile ratificó el “Protocolo de compromiso con la democracia” entre los países miembros de la Unión de Naciones Sudamericanas –UNASUR- y esperamos su entrada en vigencia en el menor plazo posible. Además, hemos reiterado nuestro compromiso con la Carta Democrática Interamericana, y no nos cansaremos de abogar por la causa de la democracia, la libertad y el respeto irrestricto a los derechos humanos en todos los países de nuestro continente.

Además, a Chile le correspondió ejercer la Presidencia Pro Tempore y servir de anfitrión de la Cumbre de los 33 Estados Latinoamericanos y del Caribe, CELAC, en enero pasado, oportunidad en la que suscribimos la “Declaración de Santiago” en la que la región completa expresó su compromiso con los valores democráticos y el respeto de los derechos humanos. Y junto con ella, nos correspondió encabezar la primera cumbre conjunta entre los jefes de Estado y de gobierno de América Latina, el Caribe y Europa, encuentro en el que las naciones de ambos lados del Océano Atlántico nos comprometimos a avanzar en políticas de desarrollo sustentable que promuevan inversiones de calidad tanto social como ambiental.

En el ámbito social, y cuando aún faltan dos años para el cumplimiento del plazo estipulado, con profunda satisfacción podemos comprobar que Chile ha alcanzado prácticamente todos los Objetivos de Desarrollo del Milenio trazados por esta Organización el año 2000. Sin perjuicio de ello, estamos redoblando nuestros esfuerzos para cumplir las metas aún pendientes antes del año 2015, colaborando para que otros países que han requerido nuestra ayuda puedan también alcanzarlas y participando activamente en la definición, al interior de Naciones Unidas, de una nueva Agenda Global de Desarrollo Sostenible a partir del año 2015, con nuevas metas, objetivos y responsabilidades concretas, medibles, audaces y factibles, tanto para las naciones desarrolladas como para aquellas en vías de desarrollo.

En el ámbito político y comercial, fuimos gestores, junto a México, Colombia y Perú, de la Alianza del Pacífico, una de las iniciativas más profundas de integración en nuestra región, que busca impulsar un área de libre circulación de bienes, servicios, capitales y personas, permitiendo así mayores tasas de crecimiento, desarrollo y oportunidades para nuestros países y pueblos. Hoy, con mucha satisfacción vemos que esta Alianza, que representa una población de más de 209 millones de personas, un tercio del Producto Interno Bruto latinoamericano y el 51% del comercio regional, ya muestra, a pesar de su juventud, importantes logros y está captando cada día más el interés de la comunidad internacional. De hecho, ya son veinte los países que participan como observadores, entre los que destaco a Australia, Canadá, España, China, Estados Unidos y Japón.

Finalmente, quisiera destacar la reciente aprobación por parte de nuestro Congreso Nacional de la ley que elimina los aranceles para las importaciones de bienes provenientes de los Países Menos Adelantados, según la definición que de ellos hace Naciones Unidas, lo que representa una importante muestra de solidaridad y compromiso del pueblo chileno con el desarrollo de cerca de 50 países de África, Asia y América Latina y el Caribe.

Señor Presidente,

Hace pocos días los chilenos conmemoramos el cuadragésimo aniversario del quiebre más profundo y duradero que haya sufrido nuestra democracia en nuestros dos siglos de vida independiente, y que se explica por una época marcada por los odios, las divisiones y los proyectos excluyentes, no solo en Chile, sino en un mundo fraccionado por la guerra fría. Pero en pocos días más, el 5 de octubre, los chilenos conmemoraremos otro aniversario, el vigésimo quinto, del inicio de la recuperación pacífica de nuestra democracia por voluntad libre y soberana de una amplia mayoría de chilenos expresada en un plebiscito.

De ambas experiencias, los chilenos aprendimos lecciones que quisiera hoy compartir con ustedes, porque son de aplicación universal y creo, humildemente, que pueden aportar luces para resolver conflictos que hoy sacuden a otras naciones del mundo.

La primera es que debemos admitir, sin reservas de ninguna naturaleza, que aún en situaciones extremas, incluidas la guerra externa o interna, existen normas morales y jurídicas que deben ser respetadas por todos, combatientes y no combatientes, civiles y militares, jefes y subordinados. Y que, en consecuencia, fenómenos como la tortura, el terrorismo, el asesinato por razones políticas, la desaparición forzada de personas, el uso de la violencia en contra de la población civil, nunca pueden ser justificados sin caer en un grave e inaceptable vacío moral. En otras palabras, no existe conflicto bélico externo, estado de excepción interna, ni revolución política, económica o social alguna, que justifique la intromisión de la violencia como medio de acción política ni el abuso a los derechos humanos.

La segunda es que la democracia, la paz y la amistad cívica son valores mucho más frágiles de lo que solemos creer, por lo que jamás podemos ni debemos darlos por garantizados. Son, en cierto sentido, como un árbol que requiere ser regado cada día para evitar que se marchite y termine por secarse. Y ese cuidado ha de darse no solo en los actos, sino también en las palabras, en los gestos y en las formas, porque todos ellos pueden y deben ser puestos a disposición de la verdad, la justicia, la reconciliación y la paz.

La tercera lección es que existe una relación muy estrecha entre la calidad de la democracia, el progreso económico y la justicia social, pues se retroalimentan y potencian mutuamente, al punto que el deterioro de cualquiera de ellas tarde o temprano termina por impactar negativamente a las demás. No cabe duda, por ejemplo, que se hace muy difícil garantizar estabilidad política y paz social cuando se mantienen niveles excesivos de pobreza y desigualdad. Nuestro desafío, en consecuencia, consiste no solo en fortalecer nuestras instituciones democráticas, sino también en promover políticas económicas y sociales fundadas en la libertad, la responsabilidad, la justicia, la igualdad de oportunidades, la lucha contra la pobreza, la iniciativa privada y el respeto a los derechos fundamentales, porque ellas son las principales fuentes de desarrollo de las naciones y pueblos.

Y la cuarta lección, es que el pasado ya está escrito. Podemos discutirlo, interpretarlo y, por cierto, recordarlo. Pero no tenemos derecho a permanecer prisioneros de él. Porque cuando el presente se queda anclado en el pasado, el único que pierde es el futuro. Por eso, nuestra generación no tiene derecho a legar a las generaciones futuras los mismos odios, querellas y divisiones que tanto daño y sufrimiento causaron hace 40 años. El desafío, entonces, no es olvidar lo sucedido, sino superarlo con una disposición nueva, positiva, cargada de esperanza, buscando aprender de las experiencias para evitar repetir errores e iluminar los caminos del futuro.

Estas y otras lecciones, que Chile aprendió con dolor, nos permitieron recuperar pacíficamente nuestra democracia y avanzar por los caminos de la verdad, la justicia y la reconciliación entre los chilenos. Pero esa fue una transición antigua, que ya la hicimos, y bien. Hoy los chilenos enfrentamos otra transición. Una transición nueva, joven y que tiene su vista fijada en el futuro. Una transición que nos permitirá, antes que termine esta década, ser el primero – pero ojalá no el único – país de América Latina que logra dejar atrás el subdesarrollo, superar la pobreza e integrarse en plenitud a la comunidad de países democráticos y desarrollados. Estos fueron los compromisos que el gobierno que tengo el honor de encabezar asumió con todos los chilenos hace casi cuatro años atrás. Y nos da gran satisfacción observar el sólido y sostenido avance hacia su cumplimiento.

Porque a pesar del devastador terremoto y maremoto que nos golpeó el año 2010, el sexto más grave de la historia conocida de la humanidad, y de la crisis económica mundial que comenzó el año 2008 pero aún está lejos de terminar, Chile ha vuelto a crecer con fuerza. Nuestro PIB per capita, que hace 4 años rondaba los US\$ 15.000 dólares, ya alcanza los US\$ 20.000 y prácticamente gozamos de una situación de pleno empleo. La pobreza y las desigualdades están disminuyendo y los salarios reales están aumentando con vigor. Todas las mediciones coinciden en que la calidad de nuestra educación y salud están mejorando y estamos estimulando más la innovación y el emprendimiento y protegiendo

mejor a los consumidores, trabajadores y al medio ambiente, que en el pasado. Y junto con todo ello, hemos reconstruido casi todo lo que el terremoto y maremoto destruyeron. Por cierto nuestro gobierno se siente muy orgulloso de la contribución que sus políticas han hecho para alcanzar estos y otros objetivos. Pero el mérito es de todos los chilenos. Porque si hay algo que en Chile hemos aprendido es que para crecer y reducir la pobreza y las desigualdades excesivas no hay nada más efectivo que confiar en las capacidades de las propias personas, expandir sus libertades y desatar las fuerzas de la imaginación, la creatividad, la innovación y el emprendimiento que anidan en el corazón de cada uno de mis compatriotas y, estoy seguro también, de cada hombre y mujer de este mundo.

Estas son, señor Presidente, algunas reflexiones y lecciones que este Presidente de Chile, pero también ciudadano del mundo como todos quienes lo habitamos, ha querido compartir con los jefes de Estado y de Gobierno. Son las lecciones y reflexiones de un país, quizás pequeño en el concierto internacional, pero que hoy goza de una democracia estable y consolidada, de libertades públicas amplias y garantizadas y de un sistema económico que luego de dos siglos de vida republicana, finalmente nos tiene a las puertas del desarrollo.

Muchas gracias

Mr. President,
Mr. Secretary-General,
Distinguished colleagues, Heads of State and Government,
Ladies and Gentlemen,

I should first like to congratulate President John Ashe, an outstanding public servant from our region of Latin America and the Caribbean, on his recent election to preside over this sixty-eighth session of the United Nations General Assembly. During this session, Heads of State and Government from almost all corners of the planet will have the opportunity to exchange views, to share experience and, most importantly, to generate the momentum that has so far been lacking for us to build together a future commensurate with the ideals, dreams and hopes of the over six billion men and women represented here.

Basically, the inspiration behind the founding of the United Nations almost seven decades ago was precisely the desire to create "*a centre for harmonizing the actions of nations*" in the attainment of peace and development. A place where all individuals, nations and peoples of the world – whatever flag we pledge to honour, whatever God we choose to worship and whatever ideas we decide to embrace – feel part of the same family: the big human family.

This requires of us many things but none so important as holding an open, free and respectful dialogue among ourselves. A dialogue which, far from fearing dissent, values it and is nourished by it, on the understanding that only if the different nations and cultures join forces shall we also see our opportunities expand.

And so we are invited to address this Assembly not only on behalf of the countries and peoples that we represent but also as citizens of the world to which we belong. To exercise our right to express our opinions and viewpoints with freedom and conviction, but also to do our duty to listen attentively and respectfully to the opinions of others. To do everything in our power to ensure that our deliberations and resolutions here are implemented and do not remain vain words and pious wishes. And to focus always – always! – on what unites us rather than what separates us. Because we must not forget that we are all living at the same time and on the same planet, that we all breathe the same air, that we are all warmed by the same sun and that we all – all! – love our children and grandchildren and want a future of peace, progress and well-being for our nations and peoples.

Mr. President,

We are living in a new world, very different from the one which saw the birth of this Organization and of other agencies such as the International Monetary Fund and the World Bank immediately after the end of the Second World War. A new world issuing not from war or from the ideological struggles waged during the second half of the twentieth century but from the knowledge, science, technology and information revolution occurring in this twenty-first century, which is now knocking at our doors and creating opportunities for material and spiritual progress for billions of people that could not have been imagined

or dreamed of by our grandparents, by our parents and even by many of us only a few decades ago. A new world no longer divided by walls and iron curtains but connected and integrated by the bridges of globalization and increasingly free exchanges of goods, services, ideas and even people. A new world in which we face dangers, challenges and opportunities that are also new, which often transcend the frontiers and jurisdictions of countries and which must therefore be tackled by distinguishing where the responsibility of some people ends and where the responsibility of others begins and can be successfully dealt with only by harnessing the force of the unity of all and the responsibility of everyone.

However, although we are living in a world that is undergoing gigantic transformations, many of our international organizations seem reluctant to evolve with it, thus losing the chance to be the protagonists or leaders of change and resigning themselves to merely observing it from the sidelines.

Mr. President,

Article 1 of the Charter of the United Nations states that the principal purposes of the Organization are to maintain international peace and security, to develop friendly relations among nations and to achieve international cooperation in the economic, social, cultural and humanitarian spheres, as well as respect for human rights and for fundamental freedoms without distinction as to race, sex, language or religion.

None of these goals are exclusive to one nation, one era or one specific organization: they come from the depths of our souls and of the human heart. For this reason, we are not here to proclaim their value and existence but to ensure their enforcement and application. And so we appeal not for these values to be changed or, still less, to be forgotten. Quite the contrary: we appeal for the will and the courage to put them into practice. In order to do so, we must perfect our democracies and strengthen grassroots participation, but we must also, once and for all, modernize our regional and global organizations. In this task, we have a long road ahead of us.

And a good starting-point is progress towards real and far-reaching reform of the Security Council, including enlargement of its permanent and non-permanent membership to ensure proper regional representation, as well as strengthening and transparency of its working methods and decision-making, all aimed at enhancing the effectiveness and legitimacy of the Council's actions.

As a country which in 1945 was involved in the creation of this Organization, and with the authority conferred on us by our active participation in each of its forums, peacekeeping operations and humanitarian missions, Chile supports the inclusion of Brazil, Germany, Japan and India as permanent members of the United Nations Security Council and the African continent's request for fair representation. And we join in the appeals to countries with the right of veto to refrain from exercising that right in situations of crimes against humanity, war crimes, genocide or ethnic cleansing, since doing so prevents the Council from effectively defending the most fundamental values and principles of mankind.

However, Security Council reform is not limited to changes in its membership and organization. It also means abandoning the rationale of vetoes, reflecting an old world that no longer exists, and replacing it by a rationale of special quorums, suitable for this new twenty-first century world, so that the most important decisions concerning international security, which inevitably affect us all ultimately, can be adopted by large and forceful majorities truly representative of the community of nations. Basically, if we advocate democracy, dialogue and participation when we govern our countries, I see no reason not to apply these same principles and values when we take decisions affecting the whole world.

Mr. President,

I should like to take this opportunity also to express grateful thanks for the many expressions of support for Chile's candidacy for Security Council membership in the next two years and to reaffirm our strongest commitment to the principles and values which have for decades governed and guided our foreign policy. I mention in particular our full respect for international law, the inviolability of treaties, legal equality among States, peaceful settlement of disputes and self-determination of peoples, all of which are the essential foundations of international stability and peaceful coexistence among nations. In our opinion, however, they should be complemented by the notion of the "responsibility to protect". This concept considers as a primary duty to protect the population within its borders. And if a state cannot or does not want to accomplish with this primary duty, then the international community can intervene within the frame of its three accepted pillars: prevention, support of the international community in this task and the proportional use of force, but always in accordance with the United Nation Charter, as a last resort and when strictly essential to prevent or deter genocide, war crimes, ethnic cleansing or crimes against humanity.

In addition, my country once again reaffirms its strongest commitment to democracy and respect for the human rights of all persons, from conception to their natural death, at all times and in all places and circumstances, as well as our ongoing endorsement of multilateralism, regionalism open to the world and fair and constructive economic competition between our countries. Chile reiterates that it will never cease to raise its voice in all international bodies and forums in defence of these principles, whenever they are not duly respected.

In this connection, we reiterate our appeal not only to end the proliferation of nuclear arms and weapons of mass destruction but also to dismantle those which exist, and we strongly condemn the use of the chemical weapons in Syria, as well as the indiscriminate use of force against the civilian population which has to date produced thousands of innocent victims, including women and children, and caused a serious humanitarian crisis wounding the universal conscience and seriously threatening peace and international security. We therefore welcome and strongly support the *Framework Agreement for the Elimination of Chemical Weapons in Syria*, concluded recently by the United States and Russia, as well as the efforts made by the Secretary-General of this Organization and the special envoy of the United Nations and the Arab League to reach a peaceful and lasting solution to this very serious armed conflict as soon as possible.

Similarly, Chile has always defended and will continue to defend the cause and right of the Palestinian people to have a full, free and democratic State. A State which, like Israel, enjoys agreed, recognized and secure borders with its neighbours allowing its inhabitants to live and develop in peace and security. We therefore recognized Palestine as an observer member of the United Nations and hope very soon to welcome it as a full Member of this Organization.

As regards regional matters, in March last year Chile ratified the Protocol on Commitment to Democracy adopted by the member countries of the Union of South American Nations (UNASUR) and we hope that it will enter into force as soon as possible. In addition, we have reiterated our commitment to the Inter-American Democratic Charter and shall work tirelessly for the cause of democracy, freedom and full respect for human rights in all the countries on our continent.

Chile assumed the Presidency Pro Tempore of the Community of Latin American and Caribbean States (CELAC) and hosted the Summit of the 33 Latin American and Caribbean States in January. On that occasion, we signed the Declaration of Santiago, in which the entire region stated its commitment to democratic values and respect for human rights. In addition, we headed the first joint summit of the Heads of State and Government of Latin America, the Caribbean and Europe, at which the nations on both sides of the Atlantic Ocean undertook to promote sustainable development policies to encourage investments of both social and environmental value.

In the social sphere, although two years still remain before the deadline, we can announce with great satisfaction that Chile has attained practically all the Millennium Development Goals set by this Organization in 2000. We are nevertheless redoubling our efforts to attain the remaining goals by 2015, working to ensure that other countries which have requested our help can also achieve them and participating actively in the definition at the United Nations of a new Global Sustainable Development Agenda beyond 2015, with new targets, goals and responsibilities that are specific, measurable, bold and feasible, for developing as well as developed nations.

In the political and commercial spheres, together with Mexico, Colombia and Peru, we co-founded the Pacific Alliance, one of the most far-reaching integration initiatives in our region, designed to promote an area of free flow of goods, services, capital and individuals, thus achieving higher growth rates, development and opportunities for our countries and peoples. Today we are delighted to see that this Alliance, which represents a population of over 209 million, one third of Latin America's gross domestic product and 51 percent of regional trade, has already – despite its youth – achieved important results and is increasingly attracting the interest of the international community. There are now 20 observer countries, including Australia, Canada, Spain, China, the United States and Japan.

Lastly, I should like to mention the recent approval by our National Congress of legislation abolishing tariffs on imports from the least developed countries, as defined by the United Nations, which is an important demonstration of solidarity and commitment by the Chilean people to the development of almost 50 countries in Africa, Asia, Latin America and the Caribbean.

Mr. President,

A few days ago Chileans marked the fortieth anniversary of the most far-reaching and lasting upheaval ever to affect our democracy in our two centuries of independent life, ushering in a period characterized by hatred, division and exclusion not only in Chile but also in a world torn by the Cold War. However, in a few days' time, on 5 October, we shall be marking another anniversary in Chile, the twenty-fifth anniversary of the start of the peaceful recovery of our democracy by the free and sovereign will of a vast majority of Chileans expressed in a referendum.

From both experiences, we Chileans have learned lessons which we should like to share with you today, because they are universally applicable and I humbly believe that they can be helpful for the solution of conflicts affecting other nations of the world today.

The first lesson is that we must acknowledge without reservations of any kind that, even in extreme situations including external or internal warfare, there are moral and legal rules which must be respected by all, combatants and non-combatants, civilians and soldiers, leaders and subordinates. And that consequently phenomena such as torture, terrorism, politically motivated assassination, forced disappearance of persons and violence against the civilian population can never be justified without falling into a serious and unacceptable moral vacuum. In other words, no external warlike conflict, state of domestic emergency or political, economic or social revolution justifies recourse to violence as a means of political action or abuse of human rights.

The second lesson is that the values of democracy, peace and civic amity are much more fragile than we usually think, so we neither can nor should ever take them for granted. They are somewhat like a tree that needs to be watered every day in order not to wither and dry up. Such care must be provided not only in deeds but also in words, in gestures and in formalities, because all of them can and must be placed in the service of truth, justice, reconciliation and peace.

The third lesson is that there is a very close relationship between the quality of democracy, economic progress and social justice, since they are mutually reinforcing, so that the decline of one of them will sooner or later have an adverse effect on the others. There is no doubt, for example, that it is very difficult to guarantee political stability and social peace when there is too much poverty and inequality. Our task is thus not only to strengthen our democratic institutions but also to promote economic and social policies based on freedom, responsibility, justice, equality of opportunity, poverty reduction, private initiative and respect for fundamental rights, because such policies are the main engines of development of nations and peoples.

And the fourth lesson is that the past is history. We can discuss it, interpret it and, of course, remember it. But we have no right to remain prisoners to it. Because, when the present is anchored in the past, the only thing we lose is the future. For this reason, our generation has no right to bequeath to future generations the same hatreds, quarrels and divisions which caused so much harm and suffering 40 years ago. The challenge then is not to forget what happened but to replace it with a new, positive and hopeful outlook, trying to learn from experience in order to avoid past mistakes and light our way forward.

These and other lessons painfully learned by Chile enabled us to recover our democracy peacefully and to move forward on the paths of truth, justice and reconciliation among Chileans. But this was an old transition, which we already accomplished, and accomplished successfully. Today we Chileans are facing another transition. A new, young and forward-looking transition. A transition that will make us, before the end of this decade, the first – but, I hope, not the only – Latin American country that managed to move beyond under-development, overcome poverty and become a full member of the community of democratic and developed countries. These are the commitments which the Government that I have the honour to lead made to all Chileans almost four years ago. And we are deeply gratified to observe the solid and sustained progress towards their fulfillment.

Despite the devastating earthquake and seaquake that struck us in 2010, which was the sixth most serious in the known history of mankind, and despite the global economic crisis which began in 2008 and is still far from over, Chile has resumed strong growth. Our per capita GDP, which four years ago was about US\$15,000, is now US\$20,000 and we have almost full employment. Poverty and inequality are declining and real wages are rising rapidly. All measurements show that the quality of our education and health is improving and we are providing increased incentives to innovation and entrepreneurship and better protection to consumers, workers and the environment than in the past. At the same time, we have rebuilt almost everything destroyed by the earthquake and seaquake. Of course, our Government is very proud of the contribution which its policies have made to the attainment of these and other goals. But the credit goes to all Chileans. Because, if we in Chile have learned anything, it is that, in order to grow and reduce poverty and excessive inequalities, nothing works better than to rely on the skills of people themselves, to expand their freedoms and unleash the forces of imagination, creativity, innovation and entrepreneurship that lie within the heart of each of my compatriots and also – I am sure – the heart of every man and woman in this world.

These, Mr. President, are some thoughts and lessons which this President of Chile – but also this citizen of the world like all its inhabitants – wanted to share with the Heads of State and Government. They are the lessons and thoughts of a country which may be small on the international stage but which today enjoys a stable and consolidated democracy, broad and guaranteed public freedoms and an economic system which, after two centuries of republican life, has finally brought us to the threshold of development.

Thank you.